

fundamente—. ¡Usted no puede comprender todo el bien que derraman en mi pecho esas dulces palabras de cariño, dictadas por la gratitud! ¡Usted me dió un medallón, que yo pensé conservar en Europa, como un recuerdo de su bondad y de sus virtudes; pero ahora que voy a morir, se lo devuelvo a usted como una memoria que deja un desgraciado padre a su hija...! ¡Sí..., a su hija! ¡porque mis sentimientos hacia usted son puros y dulcísimos como el que consagra el hombre a los seres a quienes dió la vida!

La autoridad manifestó que era preciso conducir al herido al hospital, y Duval añadió sacando el medallón, y poniéndolo en manos de la hermosa Luz:

—Puesto que usted se ha dignado darme el nombre de padre, ¡adiós, hija mía, adiós! Aquí tiene usted la prenda que usted me dió en prueba de gratitud, y que yo le devuelvo para que cada vez que en ella fije sus ojos, consagre un recuerdo de compasión a quien desde la eternidad rogará a Dios por su ventura.

Y Duval estrechó la mano de la joven profundamente conmovido: sus ojos se llenaron de lágrimas, y un tierno suspiro exhaló su corazón. Luz le envió una mirada de cariño, y acompañada de Amalia, salió de la estancia, dirigiendo sus ojos por última vez, desde la puerta, al hombre que la había salvado. Duval recogió con avidez aquella mirada, y exhaló un suspiro al ver desaparecer a los dos seres que habían conmovido su corazón.

CAPITULO XXVIII

La conciencia

En cuanto Amalia y Luz salieron del cuarto en que había tenido lugar la sangrienta escena entre Willey y Duval, éste empezó a perder su fuerza, a causa de la sangre que manaba de su herida, y poco después quedó desmayado. La autoridad ordenó entonces que se trajese una camilla, y fué conducido en ella al hospital de San Pablo. El médico del establecimiento reconoció la herida, y declaró que era mortal. Sin embargo, hizo escrupulosamente la curación, y encargó el mayor esmero en la asistencia.

Duval volvió al cabo de una hora de su letargo; pero la debilidad, causada por la sangre que había perdido, unida a las ideas causadas por el encuentro de Amalia y de su hija, le hicieron estar en continuo delirio toda la noche.

A eso de las tres de la mañana pareció hallarse un poco tranquilo, y poco después vino a quedar en un profundo sueño. Los encargados de cuidarle, procuraron que no se hiciese el más ligero ruido. Merced a este cuidado, el herido descansó cuatro horas. Eran las siete de la mañana, cuando Duval abrió los muribundos ojos. Dirigió la vista a todas partes para reconocer el sitio en que se hallaba, y pareció que hacía esfuerzos para poder hablar. El juez encargado de tomarle algunas declaraciones, que no pudieron practicarse en el momento de verse herido, y que había estado junto a él toda la noche, esperando a que estuviese en disposición de decir algo, se acercó cuanto le fué posible.

—¿Se ha salvado esa joven?

Fueron las primeras palabras que con moribunda voz pronunció el herido. Aunque criminal, era padre; y la memoria de su hija, a quien vió en peligro, preocupaba su imaginación.

—Sí, señor, se ha salvado —le contestó el juez—. Usted mismo la arrancó del poder del malvado que trataba de perderla, y en defensa de la virtud, recibió usted esa herida.

—¡Ah!, sí..., es verdad.

—Y toda la noche, y aún esta mañana, ha enviado esa joven a saber por el estado de la salud de usted.

—¡Gracias, Dios mío, gracias! ¡No era yo digno del supremo bien con que me inunda en este instante!

Y Duval sintió bañado su corazón por el bálsamo consolador que vierte el convencimiento de la piedad de los seres que amamos en la tierra. En aquel instante penetraron en la sala en que se hallaba el herido, dos hombres que revelaban en su traje y sus maneras, pertenecer a la buena sociedad. Eran los mismos que la noche anterior cruzaron por el barrio de la Palma, obligando a Duval a que se ocultase, temiendo fuesen agentes de policía.

—¡Aquí, al expirar, los dos!

Uno de los aludidos, joven de simpática fisonomía y gallarda presencia, se acercó al herido, le apretó la mano con interés, y le dijo prontamente al oído estas palabras, que sólo Duval pudo oír:

—Gracias debéis dar a Dios que nos ha llegado a enviar, a poderos perdonar, aquí, al expirar, los dos.

—¡Ah! ¡Gracias, señor Núñez! —dijo Duval de manera que todos lo oyeran—. No son ya un secreto mis maldades, y la mortificación que me cuesta publicarlas, quiero que sirva, en parte, de expiación a mis culpas. Yo he tratado mil veces de privarle a usted de la vida, y usted tiene la bondad de perdonarme... Este perdón embalsama mi existencia, ya próxima a acabar, y si igual favor pudiese esperar de don Ricardo...

—Ricardo —dijo el otro individuo que había entrado con Núñez— ha olvidado la prisión en que le ha hecho usted gemir por muchos años, y desea que Dios le perdone al comparecer a su presencia, como él perdona y compadece.

—¡Es usted muy generoso, don Ricardo, y ahora conozco cuán criminal fuí al privarle a usted de la libertad!

—Todo ha pasado ya. El porvenir me sonríe de nuevo, y ya hubiera sido feliz, si cuando salí de la caverna de Calahuamilpa, libertado por mi amigo Núñez, no hubiera caído enfermo, y permanecido en Cuernavaca, hasta verme restablecido, que es lo que ha motivado nuestra tardanza, hasta anoche que llegamos a esta capital.

—¡Anoche!

—Pero, decid —exclamó Núñez—: ¿qué es lo que se ha hecho del doctor? ¿En dónde está? Anoche, al ruido de la detonación de una pistola, entramos en la casa en que fué usted herido por él; pero le habían conducido a usted ya a este sitio, y cuando llegamos, se encontraba usted delirando, impidiendo así que le preguntásemos por él. Por eso ahora, anhelando saber dónde se encuentra, para arrancar de su poder a la infeliz Adela, hemos vuelto a este sitio para que usted nos diga en dónde tiene oculta a la mujer que adoro con toda el alma.

—El doctor —contestó Duval con débil voz— debió partir sin duda, en el acto de herirme, con dirección a Veracruz, pues todo lo tenía dispuesto para el viaje. Con respecto a la joven por quien usted pregunta, le había hecho salir anticipadamente de México en una litera, con rumbo al mismo puerto.

Estas palabras helaron el corazón de Núñez, y le dejaron como herido por un rayo. Ellas le hicieron comprender toda la magnitud de su desgracia, porque la sintió precisamente cuando creyó llegar a las puertas de la felicidad. Pero vuelto luego de su anonadamiento, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, levantó la cabeza con energía, y reco-

orando la fe, que por un momento le había abandonado, se dirigió a Ricardo, diciéndole:

—Salgamos inmediatamente a caballo en su persecución.

Y sin detenerse un instante, salieron de la pieza del herido.

Duval les envió una mirada de compasión y de gratitud. Se acusó de ser causa de los males de ellos, y exclamó con acento del más profundo arrepentimiento:

—¡Dios mío, haz que salven a esa joven para que mis delitos sean menos enormes! ¡Es el único sér que aun gime por haberme asociado a ese hombre! ¡Pero no! —añadió como asaltado por una idea espantosa—. No es el único sér que padece por mi causa...; aun hay otro que me impide morir tranquilo... ¡Sí..., hay otro! ¡Un hombre..., sí, un hombre que debía morir hoy por mi causa!

Y se estremeció.

—¿Un hombre?—preguntó el juez recogiendo con avidez todas sus palabras.

—¡Sí..., un inocente!—dijo con desfallecida voz el moribundo.

—¿Su nombre?—le preguntó el juez con afán.

—¡Félix!

—¿Félix Huerta?

—Sí.

—¿El joven que debió ser ejecutado a las siete?

El herido hizo una señal afirmativa.

—Pues qué, ¿no es él acaso el asesino del señor Flan?

—No!—respondió casi con el aliento Duval.

—¡Qué escucho! —exclamó el juez con inquietud—. ¿Pues quién?

—Yo.

—¡Usted!

—Y el hombre que me ha herido y que era mi cómplice... Voy a comparecer ante el Supremo Juez, y no quiero llevar sobre mí la sangre de ese inocente, si es que aun es tiempo de salvarle.

Y Duval volvió a quedar callado. El esfuerzo que había hecho para hablar, y la emoción que sentía, agotaron sus fuerzas.

—¡Dis mío! —dijo el juez levantándose y sacando el reloj—. ¡La ejecución estaba dispuesta para las siete, y han dado ya! ¡Ah! ¡corramos al sitio del suplicio! ¡Tal vez llegue a tiempo! ¡Tal vez logre salvar la vida de un inocente!

Y el juez, montado en un coche que le esperaba a la

puerta, y dejando al herido al cuidado de un confesor que escuchaba sus culpas, ordenó al cochero que hiciese caminar a los caballos a toda prisa, y se dirigió inquieto hacia el Egido. —¿Habrá perecido ya?—decía interiormente; y sacaba a cada instante la cabeza por la portezuela para ver si aun le faltaba mucho para llegar. Al acercarse a Corpus-Christi, calle que está recta a la Acordada, en que estaba la cárcel, vió que la gente estaba agolpada hacia el lado del paseo de Bucareli. Esto le hizo creer que el sentenciado a muerte había llegado ya al patíbulo. El pecho se le oprimió con ese pensamiento, y mandó al cochero que violentase el paso, aunque reventasen los caballos. El auriga obedeció, y pronto se encontraron enfrente de la Acordada.

El preso, en efecto, había salido ya de ella para sufrir la pena de muerte. ¿Se había ejecutado ésta? El juez tembló temiendo haber llegado tarde, y gritó de nuevo al cochero para que apresurase la marcha. El cochero agitó a los corceles; pero cuando más aprisa iban los caballos, el carruaje tropezó con un guardacantón, que estaba cerca de la Acordada, y rompiéndose uno de los ejes, la rueda saltó, inutilizando el coche. Este contratiempo, en momentos tan críticos, era altamente sensible. El juez saltó del carruaje y dirigió la vista hacia el sitio a que había pensado llegar a tiempo. Un vuelco dióle el corazón dentro del pecho ante el espectáculo que se presentó en aquel instante a sus ojos, y su rostro se cubrió de una palidez mortal. El reo estaba ya sentado en el patíbulo. La distancia que le separaba de él era aún bastante larga, y era por lo mismo, imposible salvarle.

—¡He llegado tarde!—exclamó afligido, y sin embargo, lejos de detenerse ante aquella desconsoladora reflexión, se dirigió velozmente hacia el sitio del suplicio. Pero por mucho que agitase el paso, no podía llegar a tiempo. Aun le separaban algunos centenares de varas del sitio de la ejecución, cuando el verdugo acababa de colocar el instrumento de muerte al cuello del desdichado Félix. El ministro de la muerte puso las manos en el fatal instrumento para darle la terrible vuelta. El juez aun estaba a larga distancia, y el gentío le impedía llegar.

Félix sintió en su cuello la mano del verdugo, que arreglaba la argolla que debía poner término a su vida. Un frío glacial circuló por todas sus venas, y se encomendó a Dios con toda su alma. El ejecutor de la justicia iba a poner fin a su vida.

Un hombre del bajo pueblo que estaba cerca del patíbulo, y confundido entre la multitud, gritó en aquel momento: —¡Esperad! ¡Ese hombre es inocente! ¡Yo conozco al falsificador!

El padre Enrique detuvo entonces la mano del verdugo. El oficial encargado de presenciar la ejecución, se acercó entonces a saber el motivo que había detenido el golpe del verdugo. En aquellos momentos logró el juez llegar al sitio del suplicio y exclamó con firme y claro acento:

—No le matéis..., no le matéis...; es inocente.

A aquella voz, el oficial dirigió la vista hacia el que hablaba, y al reconocer a uno de los jueces de más elevada posición, mandó suspender la terrible ejecución.

—¡Es inocente! ¡Es inocente!—repitió alborozada la multitud.

El sacerdote, que había confesado al preso, y que conocía la rectitud de su conciencia, se inclinó hacia él, y le abrazó diciendo:

—¡Hijo mío..., está usted libre! ¡Dios ha permitido que se descubra su inocencia!

Félix creyó despertar de un sueño al escuchar aquellas palabras; miró al digno ministro del Señor para cerciorarse de que era realidad cuanto le pasaba; contempló al numeroso gentío que agitaba los pañuelos saludándole; sintió sus manos y su garganta libres del hierro que las oprimiera; descubrió la campiña verde y deliciosa, como cuando se había despedido de ella, y al cerciorarse de la verdad, cayó de rodillas dando gracias a Dios por su infinita misericordia.

El juez, entre tanto, se había acercado al jefe encargado del mando de la tropa, le expuso en pocas palabras lo que había pasado; pidió bajo su responsabilidad llevar al joven para presentarlo al gobernador; el oficial accedió a la solicitud de un hombre tan respetado y conocido en la sociedad; y poco después, Félix penetraba con él en un coche que había mandado traer el juez, y se dirigía, en compañía de su salvador, a la casa del gobernador.

¿Quién había sido el hombre del pueblo que, confesando la inocencia de Félix, hizo detener el golpe fatal de muerte, dando así lugar a que llegase el respetable juez que conocía al verdadero criminal? Don Margarito, el amante de la Federacha; aquél que, celoso del doctor, manifestó en Tlalpan su convicción de que Willey era monedero falso; el mismo a quien vimos mezclarse en la conversación de aquel grupo en que se hallaba la que fué criada de Flan, y que

al salir Félix para el patíbulo, indicó la inocencia del que era tenido como miembro pernicioso de la sociedad.

Así la Providencia se valió de un sér, el más humilde, para descubrir lo que dos malvados habían ejecutado sin testigos, con el mayor secreto, y dejando indicios que hiciesen caer la acusación del crimen sobre un inocente. Félix, conmovido aún por el recuerdo de la terrible escena que acababa de pasar, marchaba en el coche con el digno juez, y mereciendo mil finas atenciones de tan celoso funcionario, hacia la casa del gobernador. El padre Enrique, mirando en aquel admirable suceso la mano del Creador, se dirigió hacia el templo de San Fernando a darle gracias por su misericordia. Y Margarito, rodeado de un numeroso público, se entretenía en contar la manera con que había descubierto que Willey era monedero falso, y que al ver sentado a Félix para recibir la muerte, sintió que su conciencia le gritaba que no le dejase morir, y que por eso confesó que era inocente.

Todo, pues, había terminado de una manera inesperada y feliz. Y para que nada faltase a aquel admirable cuadro, en aquellos mismos instantes, Duval arrepentido, contrito, acababa de expirar, absuelto por un ministro del Señor, después de haber dispuesto ante un escribano, que se devolviesen a Leopoldo los treinta mil pesos de las libranzas cobradas en nombre de su buen padre, y señalando otras gruesas cantidades para que fuesen entregadas a las diversas personas que nombró. Al saber su muerte, Amalia y la agraciada Luz cayeron de rodillas ante una imagen de la Virgen, a rogar por el descanso de su alma.

CAPITULO XXIX

Acción de Cerro Gordo

El doctor, en cuanto se vió en la calle, corrió a su casa, recogió cuanto pudo en alhajas, dinero y papeles; montó en un caballo, y salió de la capital antes de que pudiesen sospechar que él era el matador de Duval. Su afán era llegar a Veracruz.

La plaza estaba sitiada desde el día 9 de marzo por los norte-americanos, y Willey había pensado reunirse a ellos para volver triunfante a la capital y recoger todo lo que se había obligado a abandonar en su precipitada fuga. Con la muerte de Duval, podían los giradores de las libranzas

EL MENDIGO DE SAN ANGEL



—No le matéis..., no le matéis...; es inocente.